

# En los diez años de la Facultad de Ciencias Humanas

Johan Sebastián Mayorga

En primer lugar agradezco a la decana Ana Luz Rodríguez por su amable invitación, es un privilegio poder estar nuevamente en este auditorio, sabiendo -además- que estamos celebrando por más de una razón. Espero sea este el momento inicial en que puedo compartir con la universidad lo que he aprendido gracias a ella.

Al menos en este mundo moderno que nos circunda y nos ha configurado, el acontecimiento que enmarca la resistencia y el florecimiento de una facultad de ciencias humanas es un evento que hay que celebrar como milagroso -con todo y el aura de misterio que configura lo inédito- pues los embates que se tienen que soportar a diario han hundido ya a más de un potente intento. Si se me preguntara qué se necesita para que una facultad de humanidades permanezca a flote en un mar de constantes contravenciones, podría señalar dos elementos: una buena fortuna, por un lado, pues muchas veces parece que todo se reduce a la expectativa de un lanzamiento de dados, y una comprensión que de nuestro trabajo y del trabajo de nuestros compañeros nos formemos a lo largo de nuestro proceso. Como del primer elemento -la suerte- no se puede decir mucho, salvo que a veces nos sonrío y a veces no, me concentraré en el segundo.

Como consecuencia de los principios que han moldeado el estilo de vida que llamamos "modernidad", creemos, desde nuestra formación más elemental -y me refiero al inicio de nuestra escolaridad- que el trabajo es fruto de nuestra individualidad, que es expresión inconfundible de una subjetividad que se tuvo que apartar, poner entre comillas -como aludía Husserl- para construir introspectivamente eso tan suyo que se exterioriza en un estilo particular de hilvanar razonamientos en argumentos. Pero, detrás de esta aparente reivindicación del individuo y del trabajo individual, se escabulle y se siembra la semilla de la creencia en la suficiencia del individuo como única condición para la emergencia y el florecimiento del trabajo. A medida que la raíz de esta creencia se afirma en el subsuelo de nuestra subjetividad, se comienza a creer -con mayor grado de intensidad mientras se afirma- que el trabajo es producto exclusivamente nuestro, de nuestra fina y sutil inteligencia que extrae de sí misma las

conclusiones a las que llegamos después de tantas cavilaciones. Generando así, paulatinamente, una imagen de autosuficiencia que terminamos por asumir y validar como dada y natural. Los efectos de esta imagen, deseados o no, se evidencian en el hosco ambiente de rivalidad y competencia que se ha apoderado de toda la educación; ambiente que se replica en alumnos y profesores y que incluso se ha llegado a respirar en las facultades de ciencias humanas al creer y defender que cada investigación, cada ensayo, cuento o novela es expresión y construcción de una sola persona, y que, como tal, debe salvaguardar celosamente del otro para que no le sea robado, copiado o plagiado. Se decide, desde esto, no compartir con nadie los frutos de nuestras investigaciones e ideas, mucho menos con colegas, compañeros y alumnos, creyendo -incluso cada vez con mayor desespero y paranoia- que aquellos sólo buscan apoderarse de éste. Presiento que tan solo esto, apreciados compañeros y profesores, es lo único que hace hundir a una facultad de ciencias humanas.

Pero así como se puede vislumbrar aquello que haría caer a las humanidades, también se despliega con claridad aquello que las salva y las redime: comprender que nuestro trabajo es resultado, en todos los niveles, de la escucha, la interacción, el diálogo y la discusión con el otro: llámese amigo, compañero de clases, colega, profesor e incluso autor. Es comprensible que en la gran mayoría de las carreras la formación se base en la individualidad, en la generación de competencias y su correcto desenvolvimiento frente a los diferentes problemas que se tienen que afrontar. Y si bien en ciencias humanas esto tampoco no es del todo ajeno, nosotros -especialmente- tenemos que comprender que la individualidad es tan solo un principio metodológico, uno que permite construir gran variedad de creaciones e interpretaciones; pero que, en tanto método, su límite se evidencia en esto mismo. Me refiero a que, dada su naturaleza, su carácter tendría que ser para nosotros meramente instrumental y artefactual, en lugar de ser asumida como una descripción categórica y última de la realidad y de lo que somos. Pero ¿Cómo comprendernos entonces? Al menos no como algo definido y solidificado: el individuo, el Yo, el autor, el literato, el filósofo, el historiador, sino como un espacio de posibilidades siempre receptivo ante cualquier elemento que le permita comprender de mejor manera un problema propio, sea abstracto o concreto. Este es el punto de partida para una verdad que ya todos sabemos: que las humanidades no son otra cosa que un eterno compartir, una constante interpelación que, en primera instancia, educa y refina nuestro escuchar para habilitar el diálogo que permita problematizar, dilucidar y profundizar en lo que antaño nos parecía firmemente asentado. En este sentido, nuestro trabajo es valioso porque se enriquece de voces y de perspectivas. Y entre más dispuestos estemos a escuchar y compartir, se asemejará más nuestra expresión a aquella colcha llena de retazos multicolores que inquietaba a Platón. Además, entre más claro se entienda este punto de partida, más claras serán, así mismo, nuestras acciones. Si inicialmente entendemos que la riqueza de nuestro trabajo está en

compartir nuestros textos, leernos, comentarnos y hasta apoyarnos mutuamente -pues es labor harto arriesgada y atrevida escribir un ensayo-, no sólo estaremos dispuestos a compartir lo que somos y expresamos, sino también a comprender que nuestro deber y hasta nuestro sentido también reside en leer los trabajos de colegas, compañeros, profesores y amigos. Son estas acciones las que permiten generar auténtica academia, siendo ésta aquella comunidad que se construye y fortalece a partir de mutuas relaciones, que trasciende cualquier espacio y cualquier individualidad.

Si bien ha sido gracias a la universidad -y a lo que viví en ella con compañeros y profesores- que he llegado a vislumbrar el rol que, como humanista, debo cumplir conmigo mismo y con los demás -pues no es nada fácil romper los muros de vergüenza, miedo y envidia que recubren nuestra subjetividad-, no obstante -y de esto me convengo con mayor convicción a medida que lo pienso- es una lección que constantemente se tiene que refrescar, se tiene que aprender nuevamente y re pensarla desde aquello nuevo que se ha adquirido o revelado. Es una verdad que se tiene que acomodar y reacomodar a la cada vez más intrincada red de relaciones, elementos y eventos que llamamos vida. No podría funcionar como una verdad estática e inmutable, como un dogma pre-establecido y sagrado. Tiene que ser una verdad que se ponga a prueba cada día y en cada situación, que se vea constreñida por los torrentes de individualismo, envidia, egoísmo y violencia a los que nos vemos sometidos a diario y, a pesar de ello, a pesar de tener siempre todo en contra, salir airosa, triunfante y cansada de aquella lucha, que puede ser tan pesada y desgastante como una cruenta batalla, o liviana como un “viaje a pie”. Son en estas pequeñas victorias diarias donde se resguarda el anhelo y la esperanza de un mundo más amigable, receptivo y espontáneo. Por ello me siento feliz y orgulloso de mi facultad y de mis profesores, pues en ellos veo reflejada la tenacidad y el músculo necesario para resistir a semejantes corrientes. Es ese ejemplo el que enseña sin imponer, el que guía sin mandar:

Me llena de suspiros y alegrías saber que espacios como el concurso Fernando González se han mantenido. Es precisamente este espacio el que le permite a los estudiantes comprender la naturaleza de su labor y no sólo hablo de haber leído lo suficiente para escribir un ensayo que goce de robustez y lozanía -elemento, por lo demás esencial-, sino de la actividad dialéctica que se establece con el profesor en el proceso en que se elabora el ensayo, donde somos testigos, de primera mano, de cómo un texto cambia de forma a medida que se dialoga y se discute, a medida que se escucha. Así mismo, nuestro compromiso como comunidad es enriquecer este espacio para fortalecer y consolidar la idea de que el trabajo humanista es la expresión unitaria de muchas voces, que nuestra labor, por ello mismo, comienza con la propia disposición receptiva que permita escuchar para elaborar y comprender, desde nuestra propia singularidad, la manera en que vivimos las inquietudes que han sobresaltado a personas

de todas las generaciones. Pienso que el fortalecimiento de estos aspectos, que tan sólo dependen de nosotros mismos, permitiría emerger, espontáneamente, la agradable obligación de leer a nuestros compañeros, lo que deviene, inevitablemente, en la generación de una auténtica academia.